



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Reflexiones sobre la Revolución Francesa y América

Autor: Ruiz Gaytán, Beatriz

Forma sugerida de citar: Ruiz, B. (1989). Reflexiones sobre la Revolución Francesa y América. *Cuadernos Americanos*, 5(17), 87-105.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 17, (septiembre-octubre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCION FRANCESA Y AMERICA

Por *Beatriz* RUIZ GAYTÁN
CCYDEL, UNAM

ESTAMOS en el aniversario número 200 de la Revolución Francesa, el gran estallido que se originó en toda una forma de pensar y encarar la vida y que hizo cambiar las cosas de tal modo que —ni más ni menos— inauguró una etapa histórica en el mundo occidental.

La remembranza de tal acontecimiento forzosamente suscita inquietudes y cuestiones. Los cómo, dónde, cuándo y por qué son interrogantes preñados de posibilidades; interpelar al pasado es un tentador aunque riesgoso ejercicio intelectual que siempre vale la pena intentar.

En el caso de la Revolución Francesa se me ocurre preguntar: ¿Por qué tal movimiento se dio en Francia precisamente? ¿Qué fue lo que hizo propicio ese espacio geohistórico para que de allí saliera el impulso renovador que cambiaría por lo pronto el mundo occidental? ¿Por qué los Estados Unidos de América alcanzaron la forma concreta más lograda de las ideas revolucionarias del siglo XVIII? ¿Cómo entraron a México las propuestas innovadoras? ¿Cuáles fueron las vías definitivas de penetración? ¿Qué papel desempeñó España en esto? ¿Por qué en México fue fácil y hasta natural aceptar los principios revolucionarios, pero tan difícil intentar vivirlos?

Introducción

LA Revolución de 1789 fue el estallido violento de un movimiento intelectual, renovador —revolucionario—, que plantearon los ilustrados del siglo XVIII. La Revolución, pues, abarca todo el siglo e influye en todo el mundo llamado Occidental, a lo largo del XIX hasta el presente, cuando esa influencia, modificada en algunas de

sus formas, pero poco en el fondo, ha penetrado también las áreas asiática y africana.

Como necesario punto de partida mencionaremos (aunque sea muy sabido) algunas de las principales propuestas que conducirían a una manera diferente de vivir. Puntos nucleares que, vía Francia, sacudieron la historia fueron, entre otros, los siguientes:

Autovaloración y fortalecimiento del llamado estado llano (*Tiers état*), ese gran grupo numeroso, poderoso y anónimo que constituiría la enervada columna vertebral de las nuevas naciones y al que Sieyès, en su conocido ensayo *Qu'est-ce que le Tiers état?*, calificó como *Tout*¹. El estado llano es el pueblo, no el exclusivo que empuña instrumentos de labranza y herramientas de obrero, sino el que conforma algo más grande y heterogéneo, más diversificado y complejo: es, ya se dijo, *todo*.

Las consideraciones jurídicas y morales (en el sentido de lo que norma una conducta de valores) se tomaron obedientes a los recursos económicos; se subordinó todo a la economía.

El materialismo fue endiosado, lo que hizo muy ancho el camino de la descristianización.

La democratización de la vida política se puso al alcance común de la ciudadanía.

El Derecho igualó niveles y se habló de garantías individuales, de igualdad de trato legal, de oportunidades para todos.

Se concretó lúcidamente la idea de nación, dígalo si no el clásico concepto de Renan: "Una nación es una solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios hechos y que se está en disposición de hacer todavía. . . Supone un pasado y se resume en el presente en un hecho tangible: el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común. La existencia de una nación es el plebiscito de todos los días."²

La sabiduría comprobada —la ciencia—, los conjuntos de verdades investigadas y sostenidas por el experimento, entronizaron la razón como única posibilidad de conocimiento.

Los principios señalados constituirían una parte importante del nuevo orden de la contemporaneidad. Yo diría que la Revolución

¹ Citado por Vicente Palacio Atard, *Manual de Historia Universal, Edad Contemporánea*, Madrid, Espasa Calpe, 1960, t. IV, p. 7.

² *Ibid.*, p. 94.

Francesa ha sido hasta ahora el último gran movimiento emanado del interior del hombre —de su alma, su espíritu, su intelecto— que ha alcanzado trascendencia universal.

Guardada la proporción del tiempo, la distancia, los alcances y la naturaleza de cada uno, creo que tres acontecimientos en los últimos 2000 años han marcado en el mundo occidental las directrices de su vida. En niveles de universalidad el Cristianismo reivindica al hombre justo por serlo y nada más, no por lo que tiene, sino por lo que vale sin poseer nada; el Renacimiento reivindica su genialidad y sus impulsos creativos; la Revolución Francesa reivindica sus capacidades productivas y su seguridad material.

El Cristianismo no podía haber surgido más que en el seno de un pueblo sobrio, pastoril, monoteísta, y cuya existencia se regía por principios éticos. El Renacimiento cubrió todos los países de la Cristiandad, pero floreció grandiosamente en el semillero de la dispersión latina. A lo largo de su historia Francia tuvo la posibilidad de adquirir dotes y dones para ser ella la que aglutinara y dispersara las conmocionantes y prometedoras proposiciones de la Revolución.

¿Por qué Francia?

PODEMOS recordar, a grandes rasgos, algún hecho natural y varios hechos históricos que, por muy hundidos que nos parezcan en el tiempo, formaron parte del piso capaz de sustentar a futuro la gran conmoción dieciochesca.

La geografía es siempre la primera explicación de por qué la historia sucede como sucede. Así pues, mucho tiene que ver en el proceso histórico formativo de las viejas Galias su situación geográfica. En medio de Europa, pero no aprisionada, libre por el norte hacia el canal inglés y el Mar del Norte, libre por el sur con un frente al Mediterráneo; libre por el oeste a la vista del Atlántico, cerrada por los Pirineos en el suroeste, donde por 800 años asomó el peligro musulmán, detenido además por el celo y el recelo de los ibéricos y por las guarniciones francesas, y por el oriente totalmente comunicada con todas las influencias de pueblos viejos y de continuas migraciones nuevas. Escenario ideal no traicionado por quienes lo han habitado.

Viene a cuento recordar la gran significación política y cultural del periodo carolingio; tengamos presente que gran parte de aquel beneficio se dio en el espacio geográfico de lo que después fue Francia. En lo político, Carlomagno tejió su poder con el del Papa, me-

dida que, al sacralizar en cierta forma monarca y dominios, iba a dotar de singular preeminencia al reino. Por otro lado, la multiplicación de libros, la creación de escuelas, frutos aún modestos del primer renacimiento carolingio, dieron lugar a ese florecimiento del siglo IX . . . Más que los resultados obtenidos desde el punto de vista del pensamiento y de la creación . . . las consecuencias de este movimiento aparecerían en los siglos venideros por el método que adoptaron, por su actitud intelectual y por su sed de conocimientos.³

Carlomagno, promotor del saber, rodeado de sabios (Alcuino, Rabano Mauro, Pedro de Pisa, Pedro Diácono) hizo posible una temprana dispersión educativa en sus escuelas monásticas, palatinas, catedralicias y parroquiales rurales, lo que equivalía, con mucho, a poner un cimiento al cultivo de la inteligencia que más tarde fructificó en la posibilidad crítica de distinguidas mentes. Pensemos en el ambiente cultural de los siglos X al XII en Cluny, en Chartres, en Bec, en Reims; pensemos en Abbo, el monje cronista, en el gran Anselmo, el escolástico, en los nominalistas Roscelino y Berengario, en San Pedro Damiano, el místico, en tantos y tantos que señalaron con sus talentos los siglos mencionados.⁴

En ese mismo siglo XII arrancó la formidable tradición intelectual urbana desde las colinas de Santa Genoveva de París, donde una talentosa comunidad cosmopolita se permitía interrogar y discutir los "modernos" y contundentes *Sic et Non* de Abelardo⁵ y donde se empezaba a formar la democrática asociación de maestros y alumnos con el solo objetivo de enseñar y aprender.

Sin duda la cercanía y el inevitable y permanente contacto con Inglaterra —ya guerrero, ya pacífico o comercial, ya diplomático o rufianesco— propició una estimulante corriente de influencias. La invasión normanda acortó primero la anchura del canal; después la Carta Magna y por fin el precoz "parlamentarismo" inglés mostraron la viabilidad de participación de todos en todo.⁶

³ Jacques Boussard, *La civilización carolingia*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968, p. 236.

⁴ Luis M. Weckmann, *Panorama de la cultura medieval*, México, UNAM, 1962, caps. X al XII.

⁵ *Ibid.*

⁶ Las primeras Cortes, anteriores a las inglesas, se dieron en León, España, en el año de 1188, y en ellas se convocó a los tres estamentos. Véase Enrique de Tapia Oscariz, *Las Cortes de Castilla 1188-1833*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1964, p. 52.

Por el sur, en las costas mediterráneas, la mente popular también absorbía y tamizaba conocimientos e inquietudes en el trato continuo con exotismos, riquezas y las muchas experiencias de todos cuantos iban y venían por el *Mare Nostrum*; por ejemplo las Cruzadas no poco contribuyeron al avance de la ciencia, la industria, el comercio, pero lo más interesante fue que ojos y oídos aprendieron a estar más abiertos y afinados.

La Guerra de los Cien Años (1337-1453) fue también sillar importante en la base de la futura Francia ya que ayudó a sembrar un fuerte sentimiento patriótico, que es camino al nacionalismo, pero que no es nacionalismo. El sentimiento patriótico ensancha el amor a la aldea, el lugar de nacimiento se agranda hasta alcanzar las cosas pasadas y presentes que identifican con otros, la realidad del propio pequeño ámbito se une a otros ámbitos y se amplía; eso hizo la Guerra de los Cien años, y eso maduró hasta reventar en 1789 convertido en nacionalismo. Pero además la mencionada guerra limitó las tentaciones que despertaban las primerizas exploraciones y expansiones marítimas, ya iniciadas por catalanes, portugueses, mallorquinos y tal vez —lo dice Pérez Embid— por uno que otro castellano.⁷ Esta limitación, la de mantenerse en su territorio, dio ocasión a que Francia se hiciese más sólida por dentro; pudo ser más ella misma antes de salir al desgaste de la dispersión.

Volviendo a la muralla pirenaica, la seguridad que ésta ofrecía a los galos les permitió establecer intercambios más fluidos con otras regiones del continente y un desenvolvimiento más articulado.

Por supuesto que nos quedamos cortos señalando algunos de los elementos que en el devenir histórico se fueron asimilando para realizar lo del siglo XVIII: las cosas no son tan simples, pero sí explican en parte que un gran suceso será por fuerza mejor entendido a la luz del aforismo que dice: "somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos".

Pensadores enciclopedistas y absolutismo real fueron los ingredientes principales del siglo XVIII. Después de "El Estado soy yo", los Luises, entre la confusión y la corrupción, no tuvieron más alternativa que entregarse a lo inevitable: cayó el antiguo régimen y se proclamó el nuevo orden, pero Francia tuvo que esperar un poco antes de disfrutarlo plenamente. Los que primero lo disfruta-

⁷ Florentino Pérez Embid, *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa*, Sevilla, 1948, caps. II y III.

ron, adaptándolo a sus propias necesidades y deseos, fueron los Estados Unidos de América.

La repercusión de los grandes sucesos europeos llega a América y le imprime su sello, pero América a su vez impone a todo lo que recibe el peculiar tono de su geografía, las influencias de sus culturas precolombinas (donde las hubo), de sus climas, y de sus diferentes pobladores.

Así, las ideas de la Revolución Francesa entran al nuevo continente y se enfrentan a escenarios heterogéneos de población ibérica, mestiza, indígena, negra, y de los resultantes de todas las mezclas posibles; igual penetran, más al norte, a grupos blancos anglosajones de una relativa "pureza" resguardada por inimaginables discriminaciones. La colorida y atrayente América había sido introducida al conocimiento y al poderío europeos hacía tres siglos; era pues parte del mundo occidental y las ideas francesas entraron por las puertas establecidas, aunque su recorrido por los caminos interiores sufrió en cada región los accidentes y las peripecias propias de cada uno.

En el siglo XVIII los más recientes emigrantes en el continente nuestro eran los de Europa del Norte, quienes en su nuevo espacio americano lograron concretar la más acabada y exitosa expresión fundamentada en los principios que generaron la Revolución Francesa.

¿Por qué los Estados Unidos?

EN primer lugar no olvidemos que algunos de estos principios se habían esbozado ya por primera vez, y en ocasiones habían germinado, precisamente en Inglaterra y Holanda, de donde procedía una sustantiva proporción de aquellos primeros emigrantes.

Desde sus inicios, y a lo largo de su formación, en las trece colonias se habían vivido experiencias comunes; la inicial fue salir de Europa en busca de un lugar para vivir mejor donde pudieran trabajar, crecer, orar y enriquecerse sin ser molestados.

Los fundadores de las colonias fueron movidos por motivos varios, pero la mayoría de ellos deseaban hacer fortuna o incrementarla si ya la poseían. Aun los disidentes religiosos que habían fundado Massachusetts y Pennsylvania con la convicción de que eran los lugares adecuados en los que podían practicar su religión como les placiera, no estaban exentos de la esperanza de mejoría económica.⁸

⁸ Merrill Jensen, "The Colonial Phase", en *A Comparative Approach to*

En general los viajeros que llegaron al Norte no traían prejuicios prenacionalistas, como por ejemplo la obligación de servir al rey y a Inglaterra; tampoco sentían compromisos apostólicos puestos que eran los elegidos. "Los puritanos, en tanto que electos, y como depositarios únicos . . . del pacto interno y externo, político y espiritual [entre Dios y el hombre], se consideraron a sí mismos como los representantes exclusivos, tipológicamente hablando, del contrato divino humano".⁹ Además, aquellos emigrantes no sabían de la carga histórica del rango, del honor, del prestigio señorial, de la secular defensa de la fe, ya que ésta era producto reciente de un cisma. Deseaban formar algo a su gusto y necesidades, más que transformar sustancialmente gentes o cosas.

Todo esto los llevó a crecer en número y en bienes: así se multiplicaron los pequeños propietarios y se consolidó una media y alta burguesía, rural y urbana. Poco a poco se generó un sentimiento de apego a la tierra, al río, al puerto habilitado, a la mina, a todo lo que habían hecho productivo y siempre en aumento, ya que la capacidad de multiplicar la riqueza era el índice palpable y concreto de la preferencia divina y de la indudable bondad de la moral puritana.

Al mismo tiempo, mientras pagaran sus impuestos y no causaran problemas graves a la Corona, ésta no intervenía en sus vidas; eran aquellos colonos unos singulares usuarios de la libertad. "Del peregrino que desciende del *Mayflower* hasta el pionero que se lanza sobre las llanuras del *Far West*, nadie responde moralmente, son ellos los propios y únicos jueces de sus actos".¹⁰ Así, no acostumbrados a la omnipresencia de autoridades metropolitanas civiles o religiosas, no acostumbrados a la carga de una enorme burocracia imperial, llegaron pronto al rechazo de aquéllas. Declararon la independencia respecto de Inglaterra en 1776 y fundaron la primera nación que ostentaba, sin regateos, los perfiles del nuevo régimen. Nación en la que se habían depurado, se habían afinado y, lo más importante, se habían concretado en dimensiones tangibles los principios de *El control social* o de *El espíritu de las leyes* bien podemos decir que se hicieron carne los proclamados derechos y garantías

American History, Voice of America, Forum Lectures, Washington, 1974, p. 27 (La traducción de ésta y las otras citas en inglés es nuestra)

⁹ Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, México, FCE, 1976, p. 46.

¹⁰ Leopoldo Zea, "Prólogo", en *Ibid.*, p. 13

de los ciudadanos. "La Declaración de Derechos que Virginia había adoptado el 23 de mayo de 1776 resumía brillantemente las ideas caras a los filósofos, y Franklin, *self-made man*, nombrado embajador de su país, era una lección viva para los partidarios de la igualdad de derechos".¹¹

Los Estados Unidos crearon una forma de convivencia a partir de la libertad y de la prosperidad, ambas garantizadas: la libertad personal de cada uno de los colonos, la libertad de los colonos en conjunto, la libertad de cada una de las colonias, y la libertad del conjunto de colonias constituidas en una república democrática y federal a la que podía incorporarse todo el que deseara ser libre. Decía Thomas Paine: "Este nuevo mundo ha sido el refugio de todos los perseguidos europeos que aman la libertad civil y religiosa".¹²

En cuanto a la prosperidad, ésta fue tomando lugar de calificativo inevitable junto al nombre de Estados Unidos.

La agricultura y ocupaciones conexas eran los medios de vida predominantes. Los americanos exportaban granos y harina de las colonias centrales, maderamen y pescado de Nueva Inglaterra; tabaco, índigo e implementos navales de la parte sur. Indirectamente, comerciantes y cazadores tramperos vivían también de la tierra: las pieles y correas fruto de su trabajo eran llevadas en muchos de los barcos que cruzaban el Atlántico. Tarde o temprano el típico americano era dueño de su propia granja.¹³

Todo lo antes expresado no quiere decir que la Ilustración y sus ideas formaran desde el principio un sistema de vida único y compacto; muchos matices y alteraciones se fueron dando a lo largo de todo el llamado "Siglo de las Luces". Así sucedió —y con mayores y más explicables motivos— en las colonias de la América anglosajona. En ésta, según Henry E. May,¹⁴ es posible distinguir varios momentos del moderno movimiento, por ejemplo, los que

¹¹ Georges Lefebvre, *La Revolución Francesa y el Imperio (1787-1815)*, México, FCE, 1973, p. 15

¹² "Thomas Paine's Common Sense", en *Great Issues of American History. From Settlement to Revolution 1584-1776*, New York, Random House, 1969, p. 453

¹³ Don Higginbotham, "Why the Revolution", en *Atlas of the American Revolution*, Chicago, Rand Mc Nally and Co., 1974, p. 25.

¹⁴ Henry E. May, *The Enlightenment in America*, New York, Oxford University Press, 1978, p. xvi.

aqué califica como Ilustración moderada (1688-1787), Ilustración escéptica (1776-1789), Ilustración revolucionaria (1776-1800) e Ilustración didáctica (1800-1815). Citamos a May sólo como un ejemplo de la versatilidad ilustrada.

Imposible negar discrepancias y cambios, pero imposible dejar de admitir que a pesar de éstos lo medular de la teoría de la gran revolución se había solidificado. "... Las grandes batallas de la Ilustración no fueron muchas, pero se articularon y desmenuzaron en infinidad de escritos de todos los tamaños de autores mayores y menores".¹⁵ Ante la lucha laberíntica de muchas especificidades encontradas, el peligro era perderse en los recovecos de mil pequeños; esto no pasó en el nuevo país del norte, que, sin sacrificar sus particularidades, aprovechó los grandes postulados generales.

Todas las regiones en las que se hablaban las lenguas de la cultura occidental fueron escenario de las renovadoras ideas ilustradas, pero no todas alcanzaron los mismos resultados. Porque la más válida moraleja de la historia es la riqueza, la variedad y, en síntesis, la diversidad creadora del pensamiento humano. Ninguno de los dominios españoles quedó exento del fenómeno dieciochesco. Como todos los demás el virreinato de la Nueva España vivió su Ilustración, su peculiar Ilustración, y obtuvo su independencia, su peculiar independencia.

El fermento revolucionario en México

Los brotes de rebeldía en los dominios españoles de América se endosan principalmente a la cuenta de los libros de la Ilustración, a la influencia de Estados Unidos y a los representantes de la cultura criolla, agraviados por las imposiciones de la metrópoli, puntos todos —amén de otros muchos que aquí no se mencionan— mil veces estudiados.

Aunque muy brevemente, creo que valdría la pena reconsiderar el orden prioritario respecto de la fuerza y matiz, el ascendiente y poder de esas importantes influencias; recordar que también España contribuyó al cambio no sólo en forma negativa por sus errores, sino en forma positiva por sus propios intentos modernizadores, y hacer notar además que los mexicanos contaban en su genética

¹⁵ Armando Plebe, *¿Qué es verdaderamente la Ilustración?*, Madrid, Doncel, 1971, p. 53

histórica con elementos propios para entender de libertad, de igualdad y de dignidad.

Si aceptamos sin más la afirmación de que "bajo la influencia directa [de la Revolución Francesa] surgió el movimiento revolucionario burgués en América Latina"¹⁶ será difícil comprender por qué —como se señaló al principio— en las naciones de nuestra área continental pareció natural y sencillo lanzarse hacia las prometedoras formas concretas de convivencia ciudadana, y por qué resultó tan complejo, difícil y hasta trágico el intentar vivirlas.

En Nueva España, la producción bibliográfica del xviii procedente de Francia —atractivamente ornada con el irresistible encanto de la prohibición legal— circuló profusamente. En México el influjo francés de los principios revolucionarios fue fundamentalmente libresco, su acción proselitista más dinámica se realizó en las cátedras, en comentarios de corrillos y tertulias, en bibliotecas de conventos, es decir en el ámbito de una clase pensante, de una clase que leía y que a fuerza de ello se hacía más crítica.

Pero el ascendiente vivo, pragmático, actuante y definitivo vendría vía Estados Unidos. Así, el primer lugar en la lista de las influencias recibidas está marcado —sin apelación— por la estrecha vecindad con la república federal del norte que, en muy poco tiempo, se convirtió en el más rotundo ejemplo de un sistema democrático, sobre todo en el sentido de la posibilidad de participación de todos en todo aquello de lo que cada uno fuera capaz.

Los Estados Unidos se presentaron al mundo con un modelo social, político y económico ya pensado. Cuando en 1777 los enviados norteamericanos llegaron a Francia a explicar las razones de la revolución, acusaron en sus cartas, memoriales y discursos una definida identidad, seguridad en el futuro, y concreción clara de propósitos: era ya un Estado independiente que ofrecía su amistad y comercio a España y Francia, que pretendía eliminar totalmente cualquier pretensión inglesa en cualquier sitio del continente americano, y que expresó la certeza de que la Gran Bretaña se vería "sumamente oprimida por las que alguna vez fueron sus colonias [al privarla de] esta grande y acrecedora fuente de su mercantil riqueza, su marina y sus Dominios".¹⁷ Además, la norteamericani-

¹⁶ A.Z. Manfred y N.A. Smirnov, *La Revolución Francesa y el Imperio de Napoleón*, México, Gr1jalbo, 1969, p. 71

¹⁷ Véase Guillermo Díaz Plaja, *El siglo xviii (La historia de España en sus documentos)*, Madrid, Instituto A.Z. Manfred y N.A. Smirnov de Estudios Políticos, 1955, pp. 297-301

dad típica era ya patente en los emisarios, sobre todo en el más conocido de ellos, Benjamin Franklin, eminente científico, pragmático, inventor, republicano, masón, moralista, creyente fervoroso de la participación ciudadana en el bienestar general y muy preocupado — como John Adams — no por copiar sino por ajustar los elementos de la Ilustración a las actitudes e instituciones de Nueva Inglaterra.¹⁸

Los del Norte echaron mano también de lo que llegaría a ser una de sus mejores armas: la propaganda, a la que con el tiempo elevaron a la categoría de ciencia y arte. Libros, impresos, objetos como relojes, cajas, medallas, alhajas, estampas, ropa y toda clase de fruslerías con dibujos, pinturas o grabados alusivos a la libertad se encontraban por doquier en los dominios americanos de España. Se consideró, y así fue, que estos objetos podrían causar perjuicios a la seguridad pública y se dictaron medidas estrictas en cuanto a revisión aduanal para impedir el paso de tales cosillas.¹⁹ Ahora sabemos la carga tendenciosa que puede transportar cualquier bagatela propagandística. Tampoco podemos olvidar a los agentes comerciales ociosos que transmitían ideas de viva voz. Los norteamericanos empezaron a ver el futuro del Sur (y lo que más veían, por ser lo más cercano, era la Nueva España) como su propio futuro, un futuro color de rosa de fáciles relaciones. Harry Bernstein nos habla del panorama optimista y equilibrado que, según él, presentaban las Américas en el siglo XVIII, y en igualdad de circunstancias coloca como tres grandes influencias en el pensamiento dieciochesco de aquéllas a la ciencia inglesa, la filosofía francesa y las reformas políticas españolas.²⁰ "Nacía entonces una era de interés interamericano y la cosmopolita vida del siglo XVIII ofrecía canales más adecuados para la transmisión e intercambio del pensamiento entre los habitantes de las Américas".²¹ Lo cierto es que no existían el supuesto equilibrio de influencias ni todos los inte-

¹⁸ Véase Paul K. Conkin, *Puritans and Pragmatists: Eight eminent American Thinkers*, New York, Dodd Mead and Co., 1969, caps. 2-5.

¹⁹ Véase Roberto Moreno, "Actitudes españolas ante la Independencia de los Estados Unidos", en *Cardinales de dos independencias (Noroeste de México-Sureste de los Estados Unidos)*. Memoria del simposio Bicentenario de la Independencia de los Estados Unidos, México, Fomento Cultural Banamex, 1978, pp. 37-53.

²⁰ "Some Inter-American Aspects of the Enlightenment", en Arthur P. Whittaker *et. al.*, *Latin America and the Enlightenment*, New York, D. Appleton-Century Company, 1942, p. 53.

²¹ *Ibid.*

reses interamericanas contaban con los canales adecuados para fluir libremente por ellos.

En los Estados Unidos de Norteamérica, el movimiento de transmisión e intercambio del pensamiento tenía su propio cariz; era más de lo primero que de lo segundo ya que desde el primer momento ostentaba una finalidad concreta y planes maestros de difusión masiva, y esto desde fines del siglo XVIII. Recordemos cómo Cotton Mather y Samuel Sewall habían ideado una gran conversión de la católica Hispanoamérica al puritanismo, mediante la impresión de diez mil copias de una Biblia en español con las cuales "cañonear" Santo Domingo, La Habana, Puerto Rico y México, apoyados en la aseveración de que un hombre amigable, "un buen vecino es el que desea que sus vecinos americanos piensen como él".²² Esta postura se extendió a todas las expresiones de la sociedad: comerciales, políticas y científicas que, menos tendenciosas y más objetivas por la naturaleza misma de su quehacer, resultaron ser la llave de oro para abrir muchas puertas hispanoamericanas al pensamiento norteamericano. Se entablaron entre ambos espacios geohistóricos continuas, serias y respetuosas relaciones, se imprimió y divulgó la historia de incas y aztecas, se comentaba la agricultura chilena, sabios criollos sostenían correspondencia con sociedades científicas estadounidenses, Alzate y Ramírez publicaba en la *Gaceta* artículos acerca de los inventos de Benjamin Franklin.

Pronto quedó claro que la intrínseca bondad y objetividad de la ciencia y la técnica también podían ser utilísimos apoyos para la intervención ideológica. Samuel Latham Mitchill, del Columbia College de Nueva York, "fue el primer norteamericano en ajustar el iluminismo científico y la democracia para respaldar la lucha latinoamericana por la libertad".²³ Para tratar de valorar la capacidad de los criollos, con gran simpatía se dedicó a dar a conocer entre sus colegas compatriotas los méritos de científicos mexicanos y de otras partes de Hispanoamérica; asimismo reconoció lo que la Ilustración americana debía a los empeños de Carlos III en el campo de las ciencias naturales. Actitudes como la de Mitchill hicieron más apetecible para los intelectuales del virreinato tanto un contacto más estrecho con los Estados Unidos como un más justificable deseo de emulación.

Así el prestigio de la ciencia contribuyó a ensanchar la vía por

²² Véase *op. cit.*, pp. 54 y 55

²³ *Op. cit.*, p. 59.

la que casi sin trabas —a pesar de las providencias que para evitarlo tomaron las autoridades— circularon documentos políticos, la Declaración de Independencia, la Constitución, los discursos de Jefferson y muchas cosas más que eran ostensibles pruebas de que lo escrito por los franceses ilustrados era no sólo factible sino por su maleabilidad, perfectible y adaptable al ámbito americano. Bien sabido es que la mejor exhortación es el testimonio personal del exhortante, y la independencia de las colonias federadas era justamente el testimonio de lo que se podía hacer con material como el que ofrecían los libros de la Ilustración.

El papel de España

OTRO caudal de influencias ilustradas provino —de dónde si no— de España misma, la todavía Metrópoli, aunque ya no por mucho tiempo. La Península fue ilustremente ilustrada, pero a su modo. Era condicionante histórico que en España se restringieran las ideas revolucionarias y que la vida nacional viviera una restauración más que una revolución.

Había cosas que no encajaban en la mente hispánica, no por incapacidad, sino porque era otra. Por ejemplo, el pensamiento ilustrado daba "mayor importancia al análisis que a la síntesis".²⁴ España era país de síntesis. Su historia es síntesis: su antigüedad se sintetiza en romanización y cristianización, su medioevo se sintetiza en el triunfo sobre el Islam, su renacimiento se sintetiza en el católico imperio, y cuando en la modernidad pretende incorporarse al riguroso análisis que aquélla impone, España casi se deshace. Frente al contractualismo analítico revolucionario, estaba el peso del honor, de la fe, del rango, conceptos que aglutinaban siglos de historia.

Voltaire, Gibbon, Turgot proponían un rechazo al pasado inmediato; para España el pasado inmediato era casi un milenio compacto que explicaba su existir político, social y económico, su razón de ser como nación, su poder y su hegemonía, un milenio que explicaba en buenas cuentas todo. Algún historiador ha expresado que al pasar a España "las luces", su brillo fue "refractado, transformado y reducido"; también se habla de "la ignorancia y superstición de las masas, que obstaculizaban las innovaciones y cambios".

²⁴ Gustavo Escobar, *La Ilustración en la filosofía latinoamericana*, México. Trillas, 1980, pp. 13 ss.

La verdad es que la Península tuvo su Ilustración; el germen para que así fuera entró con el siglo al paso de los franceses que a través de los años como reyes o como mercaderes, como nobles o como truhanes, como políticos o como aventureros, como economistas o como peluqueros, empezaron a abrir brechas, a veces caminos, de afrancesamiento. Del mismo modo, para regalo de los pensantes, circularon libros y cartas. Así surgieron afrancesados vulgares (¿lo que en inglés se llama *snob*?) y andando el siglo, una selecta minoría ilustrada.²⁵

Dentro del calificativo ilustrado, en el siglo XVIII se podía haber de muy distinta manera. Cabía un Voltaire escéptico, un Condorcet reformador, un Clavijero jesuita desterrado defensor de su patria americana, un Rousseau filósofo y un Jovellanos español amante respetuoso de la religión de España y fiel a su Rey.²⁶

Entre los españoles, varios más, bien conocidos, caben en el calificativo. Creo que así como Cervantes, sólo Cervantes, sería suficiente para avalar en España un Siglo de Oro, Jovellanos lo sería para avalar uno de la Razón, y el famoso asturiano era leído en México. 'Jovellanos era un hombre muy del siglo XVIII, el hombre era muy español y el siglo muy francés; la tradición y la época eran entonces como dos caminos trazados por las dos vertientes pirenaicas: uno que conducía al Madrid de los últimos Austrias y otro al París de la Revolución y de los últimos Borbones'.²⁷

Muchos de los ilustrados peninsulares cabalgaron en el lomo de los Pirineos con la mirada hacia los dos flancos; pocos fueron tan congruentes, en sus conclusiones, como Jovellanos. El mismísimo Carlos III y su ministro Aranda se vieron envueltos en medidas políticas dignas de la Ilustración pero contrarias a los intereses políticos y económicos españoles en sus dominios novohispanos. Ayudar a los insurgentes norteamericanos en su lucha contra Inglaterra fue uno de los actos que más contribuyeron a la deshispanización del Golfo de México y a la norteamericanización del mismo, pero sin pasar nunca por la mexicanización. Sin embargo, las me-

²⁵ Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, FCE, 1957, caps. VII-VIII.

²⁶ Francisco Xavier S. J. Cacho V., *Un hombre en época de cambio*, (Manuscrito), México, 1970, p. 4.

²⁷ Valentín A. Álvarez, citado por Juan Antonio Cabezas, *Jovellanos. El fracaso de la Ilustración*, España, Silex, 1985, p. 11.

didas de apoyo, a veces disfrazadas de contrabando, en pro de la liberación de los colonos americanos sometidos a Inglaterra —por muy en secreto que se hayan mantenido—, trascendieron al comentario público, sobre todo en los puertos, entre los comerciantes, funcionarios y trabajadores de ese *rendez-vous* triangular de ideas y chismes que fueron sin duda La Habana, Nueva Orleans y Veracruz.²⁸ Esto dio pauta a pensamientos revolucionarios en Nueva España.

Concretamente el despotismo ilustrado de Carlos III hizo algo más que facilitar el intercambio de mensajes nuevos, de críticas e, insistimos, chismes: creó un eficaz sistema de correos que ayudó al intercambio epistolar y con él al de novedades políticas y al de "dimes y diretes" de múltiples corresponsales descontentos.

Por otro lado, los vascos, muy sensibilizados a las influencias francesas, fueron la raíz de las Sociedades Económicas de Amigos del País (Vascongada la primera) y sus barcos mercantes fungieron también como portadores de modernidad a América. No deja de ser significativo que en la Nueva España fueran vascos —Meave, Echeveste, Aldaco— los fundadores de la primera escuela gratuita y laica para niñas, sin que se olvidara, claro está, ponerla bajo el patrocinio de San Ignacio de Loyola.

La Corona dictaba toda clase de previsiones para evitar contagios peligrosamente modernos, pero ella misma, más funcionarios y emigrantes ilustrados a la española, tomaban medidas que sin pretenderlo ayudaron a reforzar las influencias revolucionarias. A través de la administración virreinal, de las últimas décadas de los 1700, la Nueva España supo de novedosos intentos de modernización en su propio territorio y en todos los campos de acción: económicos, sociales, políticos, culturales, etcétera.

A ojos vistas, el virrey también actuaba de otra forma; ya no era el paternal representante del rey, sino un empresario del Estado.

Dábase de esa manera —dice José C. Valadés— la idea de que el país dominado caminaba, empujado por la propia autoridad virreinal hacia la restauración de su independencia . . . si no se hablaba públicamente de autonomía, aquel estado de cosas iba haciendo determinante el fin de la dominación.²⁹

²⁸ Véase Ernesto Lemoine, "Nueva Orleans; foco de . . .", en *Cardinales de dos independencias*, p. 15 ss.

²⁹ *Historia del pueblo de México; desde sus orígenes hasta nuestros días*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1967, T. II, p. 42.

Surgieron nuevos sistemas administrativos, trabajos de obras públicas, apertura comercial, así como un renovado brote de instituciones científicas, expediciones y viajes de estudio. Lafora, capitán de ingenieros en la comisión del Marqués de Rubí, va a ver los presidios y sus funciones fronterizas; Morfi acompaña a Teodoro de Croix y escribe un diario en el que señala recursos y posibilidades en el norte del virreinato; Félix Calleja redacta un estudio de la población, bienes, industria, comercio y medios de fomento en Nuevo Santander y el Nuevo Reino de León.

Los Bucareli, Revillagigedo, Gálvez hicieron tangibles las bondades del nuevo régimen; con ello seguramente se reforzaron o modificaron los ánimos ilustrados de algunos integrantes de la selecta minoría intelectual criolla, de la más crecida burocracia media, y quizá por primera vez un grupo numeroso y anónimo de mexicanos —de los que van y vienen por las calles, sin que nadie se entere, todos los días— reparó en que era posible mejorar las cosas al aire de algunos cambios. Esto lo podemos afirmar simplemente por los acontecimientos que sobrevendrían.

¿Qué pasó en México?

DE cualquier modo, aceptando todas las formas de posibles o comprobadas influencias en el pensamiento mexicano del XVIII, a los mexicanos no se les puede hacer el agravio de suponer que acerca de la libertad, la dignidad, la igualdad, la soberanía nacional, etcétera, sólo se les ocurrió algo cuando lo oyeron o lo leyeron de los europeos o de los norteamericanos. Sin embargo, no fue posible tener éxito al socaire de la Ilustración y su revolución.

En los primeros años de la Nueva España, nuestro país nació a partir de un formidable caos (intelectual, moral, espiritual, social, religioso, jurídico, administrativo), caos existencial en verdad, que compartieron tanto vencidos como vencedores, por la presencia permanente y la convivencia multiforme de unos y otros. Conforme corre el primer siglo del dominio español, las cosas —por lo menos algunas— se van sedimentando. “Así, el siglo XVII, es precisamente la época en que se definen las principales estructuras de nuestra historia colonial. Es entonces cuando se consolida definitivamente el esquema de la dominación . . .”,³⁰ y es entonces

³⁰ Alejandra Moreno Toscano, *La era virreinal*, en *Historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 1973, p. 69.

cuando va tomando forma y color un modo de ser diferente: son pues los primeros años del futuro México. El sistema español de dominio estuvo siempre, en muchos aspectos pero sobre todo en el jurídico, sujeto a dudas, a ajustes, a problemas de conciencia, a muchos cuidados y muchos descuidos, pero globalmente, como característica permanente que le dio una forma específica, está el hecho de que fue un sistema paradójicamente integrador en lo cultural y social, y discriminador en lo político y económico.

El mestizaje, la evangelización, entendiéndola ésta como el eje de la transculturación, fueron dos formas que —a querer o no— conducían a la integración biológica y espiritual. La política imperial, el otorgamiento de cargos de gobierno, los monopolios y la distribución de la riqueza, separaban y amurallaban discriminatoriamente a los diferentes grupos de población. Estas características llevaban en sí dos raíces divergentes indispensables para generar, tarde o temprano, una revolución libertaria: primero, la del sentimiento de la propia humanidad, igual a la de los demás ante el Dios que era el mismo para todos; la segunda, la de la angustia existencial de la segregación y la injusticia.

Pacificada la antigua Tenochtitlan, los iniciales grupos del drama empiezan a desdoblarse en otros. Indios, mestizos, criollos, negros y todas las castas, de diferentes modos y en muy diversas medidas, tienen agravios en su haber; esto crea un vínculo que, aunque no se perciba, identifica. Se va formando también el vínculo positivo de la posibilidad de comunicarse, de la pertenencia al mismo ámbito geográfico, del uso de un solo camino para alcanzar la eternidad. Por otro lado la convivencia con indios de fuertes precedentes culturales, con numerosas supervivencias de autoctonía, dio a la vida novohispana particularidad en todos los campos: no particularidad pintoresca, sino personalidad patriótica.

Hay que considerar también la explosión demográfica que incrementa ininterrumpidamente a la población mestiza, este grupo tan desubicado en el sistema, pero tan ubicado en su continua rebeldía, tan poco educado, pero tan observador y agudo; gente con una experiencia histórica y social común y con características idénticas; gente nueva, numerosa, diferente y lastimada; gente que da carácter, singulariz., crea especificidades y que constituye una formidable reserva humana. Al paso del tiempo, conforme se aleja la fecha de la conquista, en criollos, indios y mestizos principalmente se van perfilando los esquemas de una mente mexicana, más dueña de sí, menos improvisada en la vida, más asentada, con un pa-

sado corto en verdad, pero ya legitimado como *suyo* junto al de todos los que habitaban el Virreinato.

Al legitimar el pasado, se autentifica la pertenencia al suelo y la de éste al hombre que en él nace y vive, se empieza a entender lo que es patria, sentimiento que se refuerza cuando en el siglo xviii España se preocupa por la zona norte del Virreinato; y allá van civiles y soldados, lo que hace crecer ante los ojos —ya mexicanos— las dimensiones de un territorio que es el propio.

Recordemos también que en el xviii, se modernizaron y embellecieron las ciudades y se hicieron caminos; esto acrecentó el orgullo local y el apego al terruño. Contra todo lo que se diga se dilató también el quehacer intelectual en los centros donde estudiaban mexicanos. Hacia la segunda mitad del siglo se presentaron en la Real y Pontificia Universidad, tesis a favor de Descartes o Gassendi;³¹ en 1774 el Rector y los Doctores y Profesores de Sagrada Teología y de Filosofía "certificaron y testificaron que los escritos de Díaz de Gamarra contenían una doctrina sana y oportuna, así como lo más selecto de las doctrinas de los filósofos modernos".³²

La vida intelectual mexicana del siglo xviii fue vigorosa, cierto que fue cosa de minorías (¿cuándo ha sido el oficio de la intelectualidad cosa de mayorías?). Lo común de esa minoría era su descontento contra lo establecido, era gente conscientemente molesta ante la situación. Los humanistas jesuitas de la época son el ejemplo obligado: Guevara y Bazoazábal, Márquez, Clavijero, Landívar, Alegre, Cabo, y tantos otros menos famosos, hablaban de la voluntad del pueblo para escoger gobernantes, conocían a Bacon, enaltecían de manera "sospechosa" los primores y riquezas de su tierra americana, elogiaban en demasía a la gran México, defendían el cosmopolitismo en el saber. Por supuesto que los libros de la Francia enciclopedista e ilustrada estaban en sus estantes y —Como decíamos atrás— las aulas fueron su púlpito científico y nacionalista.

Sin embargo, esto no nos explica por qué un poco después se unieron a la lucha independentista todos: indígenas, mestizos, criollos ricos y criollos pobres, pequeños y medianos propietarios, curas de pueblo y funcionarios, militares y campesinos, artesanos y arrieros, letrados y vagabundos. En todos había, de alguna forma,

³¹ Véase David Mayagoitia, *Ambiente filosófico de la Nueva España* México, JUS, 1945, p. 115 ss.

³² *Ibid.*

autoestimación: unos por su cultura, otros por su actividad productiva y por lo logrado (a veces tan sólo un muy modesto bienestar), muchos por su inteligencia (tantas veces desperdiciada), los más por su sentido de autoctonía, no pocos por su honesta pobreza, y ¿quién hubiera negado entonces la dignidad de su filiación divina?

Tan heterogéneo conjunto tenía ya —como lo hemos señalado— singularidades, de las que la principal y más obvia era la de haber nacido en la misma tierra, singularidad que se convertiría en mexicanidad. En unos muy conscientemente, y en otros no tanto, había bases para entender lo que significa la patria y lo deseable de la libertad. Ahora bien, concretar esa libertad en derechos y garantías era otra cosa. Se rechazaba el sistema español, pero no había un proyecto mexicano para sustituirlo, por lo que se abocaron a copiar uno ya probado con éxito.

La libertad llegó y se vivió anárquicamente, porque se cayó en graves confusiones de las que señalo como muestra sólo dos. Se confundieron retraso con pasado histórico y federalismo con traición a la patria. Para ser avanzado y moderno se pretendió romper con ese pasado. Pero no se puede, sin pagar las consecuencias, dar semejante salto para pasar sobre toda la historia propia y caer "plácidamente" en la de los prestigiados y triunfales modelos, máxime cuando tal intento nacía entre principios irreconciliables: "Erigir en modelo el modo de ser de Estados Unidos para imitarlo con el repudio del modo de ser heredado de la Colonia".³³

Para vivir el federalismo, que fue el sistema de los paradigmas de la modernidad, se hundió a la patria apenas libre en una lucha armada, con intervalos mínimos, que duró cerca de un siglo. Tal es la historia. "La misión primordial del conocimiento histórico es la de un vigía que alerta la conciencia de lo que somos en trance permanente de lo que podemos ser, y no lo que otro ha sido..."³⁴

A doscientos años de la Revolución Francesa, que tanto nos acercó a nuestra independencia, bien podemos empezar a aceptarnos como somos, "en trance permanente", para poder ser lo que debemos y queremos.

³³ Edmundo O'Gorman, *México, el trauma de su historia*, México, UNAM, 1977, p. 25.

³⁴ *Ibid.*, p. 116.